

EL IMAGINARIO EMPEDOCLEO*

GIUSEPPINA GRAMMATICO

UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN (UMCE)

Resumen

El trabajo aborda el tema del imaginario en los textos del filósofo agrigentino. En la Introducción se esboza un perfil de las categorías del imaginario, que afloran en los términos kósmos, aión, khrónos, arkhé, télos, póros, eídos, hén, pân, oudén, e indican respectivamente el espacio y el tiempo; la causa, el fin y el medio; la forma, el uno, el todo y la nada.

Luego, en el cuerpo del trabajo, se analizan las estructuras del imaginario, intentando una lectura de los fragmentos que penetre las raíces del ser, del aparecer y del devenir; las raíces de la imagen, de la palabra y del pensamiento; la percepción de lo humano y la intuición de lo divino. Esto permite una visión de conjunto que abarca el imaginario cósmico, el mítico, el poético, el conceptual, el antrópico, el místico, como otras tantas etapas de un itinerario que lleva al hallazgo de una clave secreta sin la cual resultaría imposible comprender el mundo y representarlo.

Abstract

The work deals with the subject of the imaginary in the texts of the Agrigentian philosopher. The introduction outlines a profile of the categories in the imaginary, raising the words kosmos, aion, khronos, arkhe, thelos, organon, eidos, hen, pan and ouden, which respectively point out space and time; the cause, the end and the means; form, the one, the whole and nothingness. Then, the body of the text analyzes the structures of the imaginary, attempting an interpretation of the fragments that will penetrate the roots of the being, the appearing and the happening; the roots of image, word and thought; the perception of the human and the intuition of the divine. This allows for a

* Este artículo fue presentado, con algunas leves variaciones, en italiano, en diciembre 2005, en el congreso sobre Empédocles que organizó el Instituto de Filosofía de la Università degli Studi «Federico II» de Napoli; y será publicada en italiano en las Actas del mismo.

broad vision spanning the cosmic, mythic, poetic, conceptual, anthropic and mystic imaginaries, as several other stages in an itinerary leading to the discovery of a secret key, without which it would be impossible to understand and represent the world.

Introducción

Las categorías del imaginario y sus estructuras

No sé si es posible aplicar a las componentes del imaginario de Empédocles el término «categoría», mas creo que pueda hacerse si se piensa, por ejemplo, en las categorías míticas a las cuales alude Cassirer en su *Filosofía de las formas simbólicas*.

Si nos es lícito llamarlas así, debemos pensarlas dinámicas y casi dramáticas, ricas en imaginación y gusto por lo excéntrico y lo paradójico, impregnadas de lirismo y extraordinariamente poderosas. Y si consideramos que estas cualidades están reñidas con la filosofía, cometemos una burda equivocación, pues tras una mirada más atenta, antes o después, estaremos obligados a admitir que no es así. La potencia y casi agresividad de las imágenes nada quita a la densidad de un pensar lúcido y coherente, audaz y tendido hacia una búsqueda empírica de argumentos concretos y casi científicamente verificables. Diría más, la intensifica.

En cuanto a las estructuras, éstas buscan diseñar un perfil del imaginario que permita llegar a la plena comprensión de los temas fundamentales, o más bien fundantes, que desde siempre han interesado a los más agudos exponentes del pensamiento antiguo: el hombre y el dios. Implican un remontarse a las raíces de lo que es y de lo que aparece; un fabricarse, por así decir, un archivo de signos y símbolos, hecho de imágenes y palabras, susceptible de ser sometido a una lectura y una exégesis atenta y vigilante, con el propósito de llegar, con la máxima precisión posible, a una comprensión de lo humano y lo divino basada en la percepción e intuición que de ellos hemos alcanzado a lo largo del tiempo.

I Las categorías

En principio, las categorías del imaginario empedocleo podrían resumirse en los términos: κόσμος, αἰών-χρόνος, ἀρχή-τέλος-πόρος, εἶδος, ἐν καὶ

πάντα, τὸ πᾶν-τὸ οὐδέν. Estos remiten respectivamente a los conceptos de espacio y tiempo; causa, fin y medio; cualidad y cantidad; e introducen en los distintos planos de la realidad que nos rodea.

Detengámonos brevemente sobre cada uno de ellos:

- La espacialidad ilustra el κόσμος como «sede de la vida».
- La temporalidad nos inserta en el círculo del tiempo, entendido como el desplegarse del ciclo del ser y del devenir. Comprende lo eterno (αἰών) y lo efímero (χρόνος); lo divino (τὸ θεῖον) y lo humano (τὸ ἀνθρώπειον).
- La secuencia causalidad-instrumentalidad-finalidad explicita los dos «por qué» – causa eficiente (ἀρχή) y causa final (τέλος), se las llamará después-, que constituyen la razón de ser de lo real y el camino (πόρος) que los une y lleva de uno al otro.
- La díada cualidad-cantidad remite al modo y al número, o sea a la forma (εἶδος), a lo uno y a lo múltiple (ἐν καὶ πάντα), al todo (τὸ πᾶν, τὸ ὅλον) y a la nada (τὸ οὐδέν).

Finalmente, los tres planos de lo real, el de la representación, el de la enunciación y el de la interpretación, remiten a la imagen, a la palabra y al pensamiento (εἰκῶν, μῦθος-λόγος, φρόνημα), y todos juntos componen nuestra visión de mundo.

I,1 La sede de la vida y el círculo del devenir (Las coordenadas espacio-tiempo)

El gran teatro del mundo despliega su epopéica actividad en el solemne escenario cósmico. Los fragmentos 6, 17, 35, 37, 38, 59, 96, 98, entre otros, permiten asistir a las diversas etapas del ciclo evolutivo, y nos muestran los principios de los cuales surgen los elementos que componen el universo, y a partir de los cuales es posible entender su reunirse, separarse, mutar, acrecentarse, disolverse.¹

Mueven los hilos, detrás de la escena, grandes figuras míticas junto con sugestivas abstracciones encarnadas, dotadas, unas y otras, de un poder absoluto. Ellas van alternándose modificando la forma de los entes animados e inanimados

¹ γένεσις, 17,3; φύσις, 63; μῆξις, 8,3; 35,16; κρᾶσις, 35,15; διάλλαχis 8,3; 17,1; 35,15; ἀπόλειψις, 17,3; θαλέθειν, 20,3; συνέρχεσθαι, 17,7; 26,5; 35,5; 36; συνέκυρσαι, 28,1; 53; 104; συνίστασθαι, 35,6; συναρμόσσειν, 71,4; συμπιπτέσκειν, 59,2; ἀνάγειν, 62,2; ἀλλάσσειν, 17,6; ὑξανατέλλειν, 62,4; ἀποκρινθῆναι, 9,4; κίρνασθαι, 71,3; τεθηλέναι, 77,1; 78,1; διατμεθέναι, 20,4; φθίνειν, 26,2; φθειρέσθαι, 17,30; ἐξαπολέσθαι, 12,2.

que se manifiestan en su acontecer, siempre extraordinario e impactante. La forma más perfecta es la del «redondo esfero siempre igual a sí mismo, que se regocija de su unicidad»,² del que hablan los fragmentos 27, 28 y 29.³

A un cierto momento, casi insensiblemente, ingresa al escenario el hombre, y la cosmogonía deviene antropogonía; por último avanzan todas las otras especies de seres vivientes, y asumen cada una la forma que les es propia.

Con su testimonio, los fragmentos 8, 9, 20, 21, 22, 26, 36, 71 y 96, junto con los anteriormente citados, ponen en relieve las distintas fases del proceso.

Las dos dimensiones del tiempo, la limitada (χρόνος) y la ilimitada (αἰών), aparecen en el fragmento 110, y remiten ambas a la naturaleza del hombre, o mejor, a su mente y a su alma. Si éstas no están ofuscadas por el error, los componentes del universo y sus cimientos le aparecerán claros, y todas las cosas que habrá guardado en el corazón (ὑπὸ πρᾶπιδεσσιν) permanecerán en él establemente. Se constituirán en conocimiento adquirido y podrá sentir su presencia siempre.⁴ Si, en cambio, cede a las lisonjas de lo trivial o vergonzoso, pronto, con el paso del tiempo,⁵ el recuerdo de las primeras lo abandonará.

El ritmo de las mutaciones hace que el tiempo del siempre⁶ y el del ahora⁷ se pongan uno frente al otro en clara oposición, el primero manifestándose como una presencia continua⁸ no carente de nada que le sea propio;⁹ el segundo como algo huidizo e indigente (15,3-4).

I, 2 Los dos «por qué» y lo que los une (La secuencia causa-medio-fin)

Un principio causal y uno final están engastados eternamente en el ciclo del espacio y del tiempo. En ellos y por ellos los dos «por qué», el τί y el εἰς τί, despliegan perennemente su tensión fecunda. Empédocles, evocando el mito, parte de las cuatro raíces originarias que constituyen potencialmente un todo estático-dinámico, compacto y en perfecto equilibrio, de algún modo acorde con la τετραχθὺς pitagórica, el ἔν-πάντα heraclíteo y el οὖλον parmenídeo. Son las

² σφαῖρος κυκλοτερής , πάντοθεν ἴσος ἑαυτῷ, μονίη περιήγει γαίων.

³ 27,4; 28,2; 29,3.

⁴ δι' αἰῶνος παρέσονται, 110,3.

⁵ περιπλομένοιο χρόνοι, 110,8.

⁶ ἄσπετος αἰών, 16,2.

⁷ οὐ ἔμπεδος, 17,10 y 26,10.

⁸ καὶ πάρος ἦν, καὶ αἰεὶ ὀσσεται, 16,1.

⁹ οὐδέ ... κενεώσεται, 16,2.

antiguas ἀρχαί, los principios de los cuales, en el tiempo primordial, vinieron a la luz todas las cosas que vemos, y a los cuales ellas tienden como fin supremo y largamente anhelado.¹⁰ Si del ámbito cósmico pasamos al humano, el fin adquiere un carácter espiritual, y se identifica con la riqueza contenida en el corazón de los dioses,¹¹ a la que los hombres aspiran.

Quietud y agitación penetran rítmicamente el todo, y en su continua alternancia realizan la unidad y la igualdad absoluta. Energía motora e instrumento inabolible de este alternarse son Φιλότης y Νεῖκος: poderosa fuerza fusionante, la primera, y del mismo modo poderosa fuerza disgregadora, la segunda.

A un cierto momento, raíces cósmicas y miembros mortales, partes embrionales de cuerpos en formación, se unen estrechamente, y la vida alcanza su ápice,¹² la plenitud de su florecer. Es Φιλότης que triunfa. Pero he aquí que de improviso todo cambia: toman distancia una de la otra, se separan, se abandonan. Νεῖκος arremete cruel y las empuja al límite de la vida.

El conducto¹³ que va de las ἀρχαί a las cosas reales que atestiguan su procedencia, y de estas a aquellas, nos reconduce al ámbito del conocimiento,¹⁴ y para acceder a ella basta con tener confianza y desearlo. Empédocles no se cansa de recomendar las maneras más adecuadas para tocar la meta.¹⁵ Se trata de encaminarse por la vía de la Persuasión,¹⁶ dejándose guiar por el dios.

I, 3 La forma del ser, lo uno y lo múltiple (La díada cualidad-cantidad)

¿Cómo sucede todo esto? ¿Cuál es el mecanismo que lleva del ser al no ser, y viceversa de éste a aquél? La imagen es la de un instrumento de precisión, afinado por un experto. Todos los componentes se ven en óptimo estado, resguardan su decoro y su función; poseen su propio *modus agendi*, y por turno gobiernan el curso del tiempo;¹⁷ fuera de ellos nada sobreviene o se agrega, dentro nada cesa

¹⁰ σφῶν αὐτῶν ποθέοντα φίλην ἐπὶ γένναν ἰκέσθαι, 110,9.

¹¹ θεῶν πραπίδων ... πλοῦτον, 132 P.

¹² βίου θαλέθοντος ἐν ἀκμῇ, 20,3.

¹³ πόρος 3,12; ἀταρπός 112,9P, ἀμαξιτός 133,3.

¹⁴ ὁπόσῃ πόρος ἐστὶ νοῆσαι, 3,12.

¹⁵ ἄθρει πάσῃ 3,9; νόωι δέρκευ 17,20; εὐμενέως καθαρῇσιν ἐποπτεύσης μελέτησιν 110,2; πάσῃσιν ὀρέξαιτο πραπίδεσσιν 129,4 P.

¹⁶ μεγίστη πειθοῦς ... ἀμαξιτός 133, 2-3.

¹⁷ ἐν δὲ μέρει κρατέουσι περικυκλωμένοι χρόνοι 17,28.

o se sustrae. *Son* por sí mismos y, penetrándose mutuamente, se descubren uno al otro permaneciendo siempre perfectamente iguales.

Estaticidad en el corazón de la acción, movimiento en el corazón de la quietud: el ser en el ritmo constante del acaecer, circunscrito dentro de fronteras invisibles mas no por esto menos reales. Un correr uno a través del otro como savia vital, sin nunca detenerse.¹⁸ Lo uno en lo múltiple, lo múltiple en lo uno. Lo uno a partir de lo múltiple, lo múltiple a partir de lo uno.

Ahora diré que lo uno se ha acrecentado, él solo,
de manera de ser único aun procediendo de más cosas;
ahora, en cambio, se ha generado
de manera de ser más cosas procediendo de lo uno.¹⁹

Apariencia misteriosa y enigmática de todo lo que existe y anhela develar su existencia.²⁰ La forma de las cosas seduce a Empédocles con su hechizo, porque expresa el ser que las distingue. Ella revela la materia en que la imagen se imprime²¹ y se encarna en *parecencias* de todas clases,²² maravilla para los ojos que las contemplan y para el intelecto que las interpela para asir el misterio de todo lo que es.

I, 4 La imagen, la palabra, el pensamiento (Los tres planos de lo real)

Instrumentos de esta revelación son, al parecer, la imagen y la palabra; tras ellas, oculto pero susceptible de ser divisado, el pensamiento, tanto el mítico como el lógico. Es tan rico el imaginario empedocleo que resulta necesario descubrir aquellos que Cassirer llamaría «los principios fundamentales de la organización consciente de las imágenes», dentro de un sistema cuidadosamente estructurado. Tarea por cierto no fácil, debido a la extraordinaria facultad imaginífica de nuestro autor. Los matices de lo real se asoman desde debajo de la superficie, dejando entrever sus distintos planos: el representativo, el enunciativo, el interpretativo. Si

¹⁸ «συνερχόμεν' εἰς ἓν ἅπαντα, ... ἡδὲ πάλιν διαφύντος ἐνὸς πλέον' ἐκτελέθουσι 17, 7-9.

¹⁹ Frag. 17, 1-2: ἓν...μόνον...ἐκ πλεόνων, πλέον' ἐξ ἐνός.

²⁰ ἦι...δὲ... «mas, puesto que» (17,11); ταυτῇ δὲ ...»de este modo (existen siempre)» z17,12); πῇι μὲν...: «¿y cómo (podrían morir)»(17,32); τῇι μὲν... «así ellas (devienen)» (17,10).

²¹ εἶδουσιν ἐκμάκτοισιν 22,7.

²² παντοίαις ἰδέησιν ἀρηρότα 35,17.

miramos bien hasta el fondo, podemos a grandes rasgos reconocer las imágenes ascendentes y las descendentes, las analíticas y las sintéticas, las explícitas y las implícitas, las dinámicas y las estáticas, las positivas y las negativas. Podemos, además, distinguir los diversos niveles de realidad en que ellas pueden ubicarse: el divino, el heroico, el humano; el masculino y el femenino, el de la naturaleza animada y de la inanimada; el de la fantasía y de la profecía, de la plenitud y de la carencia, del avance y de la detención, del acuerdo o del contraste, de la involución o de la evolución, de la quietud o de la violencia; el de la simple descripción o de la puesta en escena dramática, con sus tonalidades luminosas o crepusculares; el de la claridad o de la ambigüedad...; y podríamos continuar casi al infinito. Son las etapas de un itinerario que nos lleva a interrogarnos sobre las variadas formas de una percepción especialmente aguda, que obedece a la necesidad o al deseo de descifrar el mundo, de descubrir la llave secreta sin la cual sería imposible comprenderlo y representarlo.

II Las estructuras

Analizaremos ahora las estructuras del imaginario, intentando una nueva lectura de los fragmentos que penetre hasta descubrir primero las raíces del ser, del manifestarse y del devenir, y luego las del imaginar, del decir y del pensar, tendiendo hacia la percepción plena de lo humano y a la casi inefable intuición de lo divino. Esto debería permitirnos obtener una visión de conjunto que reúna el imaginario 'óntico' y el 'phýsico'; el mítico, el poético y el filosófico; el humano y el divino; cada uno con su perfil nítido y bien delineado, complementándose mutuamente a fin de constituir una unidad paradigmática propia de un orden superior.

Seguiremos, en nuestra búsqueda, el siguiente esquema, articulado en siete momentos que pretenden desarrollar simultáneamente el tema desde la perspectiva de las categorías y desde la de las estructuras:

- 1.- Las raíces del ser (Imaginario óntico)
- 2.- El flujo del devenir (Imaginario *phýsico*)
- 3.- Las raíces de la imagen (Imaginario mítico)

- 4.- Las raíces de la palabra (Imaginario poético)
- 5.- Las raíces del pensamiento (Imaginario conceptual)
- 6.- La percepción de lo humano (Imaginario antrópico)
- 7.- La intuición de lo divino (Imaginario místico)

II,1 Las raíces del ser (Imaginario óntico)

τέσσαρα γὰρ πάντων ῥιζώματα πῶτον ἄκουε
(6,1)

«¡Escucha en primer lugar las cuatro raíces de todas las cosas!» dice Empédocles en el fragmento 6 de su poema *Sobre la Naturaleza*, y más adelante: «¡Pon atención al recorrido que trazan mis veraces palabras!».²³

¿Por qué ‘escuchar’? ¿Escuchar las raíces? El Aire esplende, la Tierra germina, el Fuego emana ardor de vida o de muerte, el Agua sabe a rocío o a gotas de llanto.

¿Qué es aquí el escuchar? El resplendor y la florecencia se admiran, no se escuchan. El calor y la humedad se perciben, no se escuchan.

Y sin embargo algo adentro me dice –nos dice– que Empédocles ha usado el término preciso. «Escuchar la hierba que crece» dice Maffesoli en su volumen *L'ombra di Dionisio*. Es una escucha íntima, profunda, toda interior. El pensar mítico, al cual el agrigentino está aún tan cercano, lo lleva a colocarse con actitud reverente ante el plano divino, frente a los dioses siempre ‘sientes’, αἰεὶ ἐόντες, que protagonizan el momento primigenio de la configuración del cosmos. En el ἄκουε podemos sentir el estupor de quien con-templa, desde su propio *templum*, el desplegarse de la realidad en su sacralidad originaria.

Zeus, raíz del aire, del relámpago y del cielo luminoso, y Nestis, raíz del agua y de la lluvia que alimenta con su llanto el manantial del ser, parecen seguir una dirección hacia abajo; mientras Hera, raíz de la tierra portadora de vida, y

²³ λόγου στόλον οὐκ ἀπατηλόν, 17,25.

Haidoneo, raíz del fuego ctónico que enciende y quema, parecen seguir una dirección hacia arriba. Mas su mostración no es unívoca: el aire envuelve en su diáfano envoltorio el mundo entero en todas las direcciones, y el fuego no es sólo ctónico sino también solar; el agua, por su parte, cubre los abismos marinos, y la tierra penetra cavidades insospechadas. Las líneas de acción se invierten y el trayecto puede complicarse al infinito. De aquí que el recorrido no puede ser unidireccional. Creemos comprender entonces el por qué del cambio de nombre de estas antiguas raíces del ser y del devenir (98,2-3), en las diversas fases de la cosmogonía: de Haidoneo a Hefesto, de Hera a Tierra, de Nestis a Lluvia, de Zeus a Aire.

La realidad es compleja y cambiante, y presenta un juego de dimensiones, orientaciones, perspectivas, difícil de entender si se utiliza sólo el filtro de la razón. Movilidad e inmovilidad se conjugan sin comprometer su «ser siempre» (17,12).

II,2 El flujo del devenir (Imaginario *phýsico*)

γίγνεται ἄλλοτε ἄλλα καὶ ἥνεκές αἰὲν ὁμοῖα
(17,33)

Ser *versus* devenir. Lo que *es* y *es siempre*,²⁴ en relación con lo que *aparece* y, continuamente cambiando, *deviene* y no cesa jamás.²⁵

Ellas, las raíces, -dice Empédocles-, «son precisamente éstas,²⁶ mas corriendo una a través de la otra²⁷ devienen ahora ésta ahora aquélla, y al mismo tiempo son siempre eternamente iguales.²⁸ Y así, cambiando continuamente, nunca cesan de ser, sino permanecen siempre inmóviles durante la extensión del ciclo,²⁹ confluyendo a veces todas en lo uno por causa de la Amistad, a veces separándose cada una por causa del Odio».³⁰ «Aún no se ha retirado Νεῖκος en los extremos

²⁴ αἰεὶ γὰρ τῇ γ' ἔσται, ὅππῃ κέ τις αἰὲν ἐρείδῃ, 12,3.

²⁵ ἀλλάσσοντα διαμπερές οὐδαμὰ λήγει, 17,6.

²⁶ ἀλλ' αὐτά ἐστιν ταῦτα, 17,34-35.

²⁷ δι' ἀλλήλων δὲ θέοντα, 21,14.

²⁸ γίγνεται ἄλλοτε ἄλλα καὶ ἥνεκές αἰὲν ὁμοῖα, 17,33.

²⁹ ταύτῃ δ' αἰὲν ἔασιν ἀκίνητοι κατὰ κύκλον, 17,12.

³⁰ ἄλλοτε μὲν Φιλότητι συνερχόμεν' εἰς ἓν ἅπαντα, ἄλλοτε δ' αὖ διχ' ἕκαστα φορεύμενα Νεῖκος ἔχθρει, 17, 7-8.

confines del cielo; siempre corre adelante en la medida en que adviene el benéfico influjo de la irrepreensible Φιλότης». ³¹

Palabras, las de Empédocles, que son un desafío para nuestro entendimiento. ¿Qué significa «correr una a través de la otra»? ¿Qué significa «llegar a ser ahora esta ahora aquella, y al mismo tiempo ser siempre iguales y permanecer siempre inmóviles»? No contradice todo esto el principio básico de la no contradicción?

Es necesario penetrar hasta el fondo estas imágenes traducidas en palabras tan oscuras.

El correr se debe, evidentemente, al ímpetu de la fuerza de atracción ³² que, operando al modo del Eros órfico, provoca una *mixis* casi mística, una penetración en lo más íntimo, que culmina en una identificación perfecta. Es, pues, un movimiento que acontece en el ciclo del tiempo, sin el cual el ser no sería lo que es y que es siempre.

Igualdad, identidad, inmovilidad, estaticidad serían palabras vacías, en esta extraordinaria cosmogonía, si no se pudiera establecer esta correspondencia. Y nos resuena adentro el eco de las palabras de Gea, o Noche, a Zeus que en el mito órfico le ha preguntado: «Madre, ¿cómo hacer de todas estas cosas una sola?», o sea, ¿cómo, partiendo de lo múltiple, reconstituir la unidad? Y la sabia madre contesta: «Ponlas todas dentro de ti, y vuelve luego a sacarlas a la luz, reunidas en una», ordenándole manifestar su poder soberano mediante un nuevo *génesis* primordial. El 'ahora' tiene mil rostros y mil nombres. El 'siempre', un solo rostro y un nombre solo. Pero el ahora no existe si no está contenido en el siempre, que es eternamente uno, inmóvil e igual a sí mismo. Admirable misterio, que apenas se deja barruntar.

Así, Empédocles, en un lenguaje de gran potencia imaginativa, recoge en unidad al ser de Parménides y al devenir de Heráclito, sin dejar de lado aquel momento áulico del mito que contenía embrionalmente diminutas semillas especulativas destinadas pronto a germinar. Ha comprendido que, sólo asegurando el cambio en la colorida paleta de la apariencia, es posible poner las bases firmes de la realidad perenne del ser. Se trata de dos momentos atemporales de lo Eterno, que se alternan rítmicamente en su modulación. Más adelante, el filósofo dirá:

³¹ 35,9-13.

³² ἡπιόφρων Φιλότητος ἄμβροτος ὁρμή, 35,13.

y pronto aprenden a ser mortales las cosas que se forman,
las mismas que antes aprendieron a ser inmortales y puras (35,14).

La continuidad del proceso no puede no sustraerse a nuestro entendimiento, debido a nuestra condición de seres efímeros, y a nuestra capacidad de ver sólo apenas una minúscula parte del Todo (39,3).

II,3 Las raíces de la imagen (Imaginario mítico)

ἐκ τῶν εἶδεα πᾶσιν ἀλίγκια πορσύνουσι
(23,5)

Cargada de significados simbólicos, la imagen se muestra como una apertura a lo oculto. Sus raíces se hunden en el *humus* del mito. Toda una galería de abstracciones se asoma al ‘obló’ del tiempo, junto con las formas de innúmeras estirpes de seres animados, de conjuntos de elementos cósmicos y de cosas inanimadas adaptadas a toda clase de pareencias. Θαῦμα ἰδέσθαι, «maravilla de verse»,³³ comenta Empédocles asombrado. Su estupor se traduce en un lenguaje que reproduce la intensidad del impacto en la retina del observador en pos de la emoción.

A veces son los fenómenos naturales los que lo sorprenden, y se traducen en formas sugestivas: Selene, la luna, es gentil, ἰλάειρα (40), tiene ojos color de cielo, γλαυκῶπιδος μήνης (42) y contempla el círculo resplandeciente del sol, su señor;³⁴ el sol, el de dardos veloces, ὀξυβελῆς, recogido en sí mismo, custodia la inmensa bóveda celeste girándole en derredor;³⁵ la tierra, introduciéndose debajo de los rayos (solares) pone la noche³⁶ y esconde fosas de senos profundos, εὐστέρνοις χοάνοισι (96,1); el mar se torna cristal, impelido por el ímpetu solar,³⁷ y el éter, con sus largas raíces, se oculta bajo la tierra penetrando en su regazo.³⁸

³³ 35,16-17

³⁴ ἀθρεῖ μὲν ἀνακτος ἐναντίον ἀγέα κύκλον, 47.

³⁵ ἀλιοθεῖς μέγαν οὐρανὸν ἀμφοτελεύει, 41.

³⁶ νύκτα δὲ γαῖα τίθησιν ὑψισταμένη φαέεσσιν, 48.

³⁷ ἄλς ἐπάγε ριπήσιν ἑωσμένος ἡλίοιο, 56.

³⁸ αἰθήρ δ' αὖ μακρῆσι κατὰ χθόνα δύτεο ρίζαις, 54.

Otras veces, detrás de figuras míticas fácilmente identificables, afloran antiguas abstracciones encarnadas, algunas agradables, otras que infunden terror: entre las primeras: Γητοσύνη, la alegría; Ἀφροδίτη, el amor; Τύχη, la fortuna; entre las otras: Ἐριδες, las luchas; Φόνος, la muerte; Κότος, el resentimiento; Κήρες, las Parcas fatales; Νόσοι, las enfermedades; Σήψεις, las putrecencias que atormentan a los que vagan por los campos de Ate (121P). Siguen Χθονίη, diosa de la Tierra y Ἑλιόπη, diosa del sol; Δέρις, la discordia y Ἀρμονίη, la concordia; Καλλιστώ, la belleza en todo su resplandor; y Αἰσχρή, la ignominia. Más adelante, Θοόσα, la veloz; Δεναίη, la longeva; Νεμερτής, la infalible; Ἀσάφεια, la oscura; Φυσώ, la germinante; Φθιμένη, la que se consume; Εὐναίη, la durmiente; Ἦγερσις, la vigilante; Κινώ, la voluble; Ἀστεμφής, la obstinada; Μεγιστώ, la gigantesca; Φερύη, la diminuta; Σοπή, la callada; Ὀμφαίη, la vaticinante (122-123P).

Entre todas se destaca Νεῖκος, imagen potentísima del Odio -con la fuerza oculta y abrasadora de una escultura de Miguel Ángel-, sorprendido en el momento en que no se ha retirado del todo en los bordes del círculo del ser: con parte de sus miembros permanece dentro, con otra parte ya ha salido.³⁹ No menos poderosa, Φιλότης, la amorosa Amistad, movida por el deseo, con arrojo irresistible se lanza sobre él en un cuerpo a cuerpo de extraordinaria violencia, permitiéndonos asistir, como en un rito de iniciación, a la μίξις sagrada, la lucha-fusión de las dos fuerzas demoníacas.⁴⁰

Apenas un instante, y el ojo de la carne capta la gracia y la terribilidad, la seducción y la potencia de las múltiples formas de la naturaleza, mientras el ojo del espíritu intuye su esplendencia secreta, su majestad, su sacralidad. La forma se condensa en imagen y la imagen en signo. La fantasía y la memoria disponen con cuidado los signos, uno al lado del otro, hasta descubrir su sentido oculto, e introducen en la mente y en el alma la necesidad y casi la urgencia de darles voz y vida. Cuando los tiempos están maduros, los signos, reuniéndose en móviles conjuntos, fluyen en el aire deslizándose sobre las ondas sonoras, y se transforman en un júbilo de ecos que el templo del oído recoge y difunde. De las raíces a las cimas.

³⁹ ἀλλὰ τὰ μὲν τ' ἐνέμιμνε μελέων τὰ δὲ τ' ἐξεβεβήκει, 35. 9-10.

⁴⁰ ἐμίσγετο δαίμονι δαίμων, 59.

II,4 Las raíces de la palabra (Imaginario mytho-lógico)

τῶνδε κλυ'. γὰρ μῦθος ἀπόσκοπος οὐδ' ἀδαήμων
(62, 3)

La palabra, que nace de la memoria en sus dos direcciones de pasado y de futuro, ocupa un sitio de honor en la meditación empedoclea y en su mostrario de imágenes. La súplica de Empédocles a los dioses para que alejen de sus castos labios, ὀσίων στομάτων (3,2), la locura de quienes que no habitan –como diría Safo– la casa de las Musas, nos introduce en el ámbito del μῦθος, donde precisamente la Musa, invocada con el epíteto «de los blancos brazos» tantas veces por Homero atribuido a la soberana de los dioses, aparece en primer plano, conduciendo en persona el sagrado carruaje enviado por Eusébeia, la Piedad⁴¹ o la Santa Veneración.

La palabra se revela, por tanto, como algo divino, y la diosa que la custodia tiene el poder de hacer brotar, de los labios castos de quien le es fiel, un manantial de agua pura, καθαρὴν πηγὴν (3,2). Ella posee la verdad y puede revelarla tal como es,⁴² sin titubear, aun cuando no es una verdad cómoda, aun cuando parece inoportuna, porque lo que es verdadero es siempre bueno, bello y santo, y digno de ser revelado; y el discurso que la enuncia y anuncia manifiesta esta condición suya. La Musa, que ofrece a los cobardes el ejemplo de su habla audaz y directa, bien merece la alabanza de ser aquella que concede a sus protegidos la certeza de encaminarse por el camino justo y llegar rápidamente a la ἀκμή de la sabiduría. Sus palabras se fundan sobre argumentos sólidos y fidedignos, y exigen ser ratificadas por la razón.⁴³ Ella invita a los hombres a acogerlas y guardarlas en la mente silenciosa y recogida en sí misma,⁴⁴ aun sabiendo cuán lejanos estén de ser sabios y de hablar rectamente (νήπιοι). Como la Musa, Empédocles, inspirado, proclama la verdad destacando los bordes resplandecientes de sus discursos, πιφάυσκων πείρατα μύθων (17,14), y casi esculpiéndolos en el aire, impulsado por el deseo de claridad que le obliga a dar a cada cosa la definición precisa, llamándola por su nombre.

⁴¹ παρ' Ἐυσεβίης ἐλάουσι εὐήνιον ἄρμα, 3,5.

⁴² σοφίης ἐπ' ἄκροισι θαάζειν, 3,8.

⁴³ διασσεθέντος ἐνὶ σπλάγχνοις λόγιοι, 4.

⁴⁴ στεγάζει φρενὸς ἔλλοπος εἶσω, 5.

Muchas y no una sola son las vías de los discursos, y suelen desviar la mente de los hombres que los escuchan sin distinguir los verdaderos de los falsos. Quizás, puede parecer que el filósofo «anude una con la otra las cimas de las palabras»⁴⁵ para poner sobre un falso camino a quienes lo escuchan, mas no es así. Él sabe enlazar discurso con discurso con absoluta coherencia,⁴⁶ y está del todo convencido de que es necesario prestar oído, más que a ninguna otra, a la palabra que procede del dios.⁴⁷ Denuncia, en efecto, la insensatez de las necedades que, manando con torpeza de las lenguas de muchos, salen de las bocas de aquellos que cogen sólo una pequeña parte del todo.⁴⁸ Σιωπή, la diosa del silencio, y Ὀνφαίη, la de la palabra oracular, pertenecen a las raíces del μῦθος-λόγος, y son honradas en la tierra por adivinos y profetas, mas es Καλλιόπη, la Musa inmortal patrona de los poetas, aquella a quien nuestro filósofo dirige con especial celo su amorosa súplica, pidiéndole tener cuidado de él, estar cerca de él que la invoca en el momento en que despliega, a la manera de Hesíodo, su θεοφανία, y pone en luz, delante de los hombres, su doctrina acerca de los dioses bienaventurados (131P).

A menudo, en Empédocles, la palabra es utilizada como instrumento para esculpir. Como sobre un largo friso mural, en alto o bajorrelieve, desfilan ante nuestros ojos formas aquí esbeltas y aéreas, allá densas de espesor y volumen. Podemos agruparlas según un orden determinado o dejar que se sucedan una a la otra, siguiendo la imprevisible lógica de la poesía.

He aquí «los ágiles miembros del Sol»⁴⁹ y «las densas latebras de Armonía»;⁵⁰ «el muy profundo abismo del vórtigo»⁵¹ y «el mar, sudor de la tierra»;⁵² «las conchas de dorso pesado de las estirpes marinas»⁵³ y «las criaturas de la piel

⁴⁵ κορυφὰς ἑτέρας ἑτέρησι προσάπτων μῦθων, 24.

⁴⁶ λόγου λόγον ἐξοχετεύων, 35,2.

⁴⁷ θεοῦ πάρα μῦθον ἀκούσας, 23.

⁴⁸ ἐκκέχεται στομάτων ὀλίγον τοῦ παντὸς ἰδόντων, 39.

⁴⁹ ἡελίοιο ὠκέα γυῖα, 27,1.

⁵⁰ ἀρμονίης πυκινῶϊ κρύφῳ, 27,3.

⁵¹ ἐνέρτατον ... βένθος δινῆς, 35,3-4.

⁵² γῆς ἰδρῶτα θάλασσαν, 55.

⁵³ κόγχαισι θαλασσονόμων βαρυνώτοις, 76.

de piedra»; ⁵⁴ «las cabelleras puntiagudas que se yerguen en la espalda de los erizos»⁵⁵ y «los grandes olivos que ponen los huevos».⁵⁶

He aquí «el Odio que se eleva a los honores»⁵⁷ y «los campos arados de Afrodita»;⁵⁸ «el rayo del croco bellamente mezclado con el lino transparente»⁵⁹ y «las flores del decoro de bella fama»;⁶⁰ «el pabellón del oído, gema de carne»⁶¹ y «las pausas de silencio, fronteras de las palabras».⁶²

He aquí mezclas heterogéneas: miembros solitarios⁶³ vagantes en el espacio, cabezas sin cuello,⁶⁴ ojos sin frente,⁶⁵ criaturas de pies que se arrastran y de múltiples manos,⁶⁶ estirpes bovinas con rostros de hombres y humanas con cabezas de bueyes;⁶⁷ nocturnos, míseros embriones⁶⁸ de hombres y mujeres, formas féminas provistas de oscuros órganos sexuales,⁶⁹ fluidas sustancias errantes en la tiniebla por las praderas de Ate.⁷⁰

Sugestivos ejemplos de una palabra que graba y deja su huella.

II,5 Las raíces del pensamiento (Imaginario conceptual)

πάντα γὰρ ἴσθι φρόνησιν
(110,10)

Una vez instalados en la vida, los hombres descubren, en lo más profundo de su ser, la necesidad de conocer tanto lo que los rodea, como lo que está oculto

⁵⁴ λιθορρίνων χελύων, 76.

⁵⁵ ἐχίνοις ὀξυβελεῖς χαῖται νώτοις ἐπιπεφρίκασι, 83.

⁵⁶ ὠιοτοκεῖ μακρὰ δένδρεα πρῶτον ἐλαίας, 79.

⁵⁷ ἐς τιμὰς τ' ἀνόρουσε, 30,2.

⁵⁸ σχιστοῦς λειμῶνας ... Ἀφροδίτης, 66.

⁵⁹ βύσσωι δὲ γλαυκῇ κρόκον εὖ καταμίσγεται ἀκτῖς, 93.

⁶⁰ εὐδόξοιο ... ἀνθεα τιμῆς, 3,6.

⁶¹ σάρκινος ὄζος, 99.

⁶² πείρατα μύθων, 17,14.

⁶³ μονομελῆ ... γυῖα, 58.

⁶⁴ κόρσαι ἀναύχενες, 57,1.

⁶⁵ ὄθμματα ... πενητεύοντα μετώπων, 57,3.

⁶⁶ εἰλίποδ' ἀκριτόχειρα, 60.

⁶⁷ βουγενῇ ἀνδρόπρωιρα ... ἀνδροφυῇ βούκρανα, 61,2-3.

⁶⁸ ἐννυχίουσ' ὄρηκας, 62,2.

⁶⁹ σκιεροῖς ... γυίοις, 61,4.

⁷⁰ ἔργα τε ῥευστὰ Ἄτης ἀν λειμῶνα κατὰ σκότος ἠλάσκουσιν, 121, 3-4 P.

dentro de sí. El sabio Empédocles les dirige algunos preciosos consejos que, si son acatados, les abrirán las vías del saber. Es menester, en efecto, hallar el camino que lleva a la comprensión plena de las cosas. Comienza con señalar aquellos que considera órganos del conocimiento: los sentidos físicos y los intelectivos (3,8-10), y las acciones destinadas a ponerlos en alerta. Muestra cómo todos estos sentidos han de ser tomados en consideración, sin dejarse desviar por determinadas y poco atendibles convicciones que conceden prioridad a uno o a otro.

«¡No depongas tu confianza en la vista más que en el oído muy retumbante –aconseja-; en cada sentido, en cada miembro se abre un sendero que conduce al mundo del pensamiento».⁷¹ Insiste en que todo pasa por la palabra densa y aguda⁷² y el discurso recto en torno a los dioses bienaventurados⁷³ a través de la amplísima ruta de la Persuasión, transitada por innumerables carruajes, que desciende hasta lo más profundo del alma.⁷⁴ Muchísimas son las exhortaciones a seguir las huellas no mendaces del discurso, a escuchar y custodiar en la mente el mensaje contenido en aquel que no es por cierto un μῦθος ἀπόσκοπος οὐδ' ἄδαήμων, un relato necio y sin sentido (62,3).

En la boca del hombre sabio, especialmente si es un poeta, nace un μῦθον ἀτραπὸν, una ruta de palabras (24,2), un πόρον ὕμνων, una vía de himnos (35,1) que, si son escuchados con atención, hacen más comprensible la revelación de la verdad. Y nuestro filósofo no se cansa de reiterar con firmeza la invitación, con un léxico singularmente rico y significativo, con una gama de imperativos que involucran el ver, el oír, el percibir, el ponderar, el penetrar, confluyendo al final en el dominio de un conocer convalidado por la más absoluta certeza.⁷⁵ El repite: «¡Escucha las raíces!», «¡Observa las cosas con la mente y no te dejes engañar por los ojos!».⁷⁶ «¡Pondera, con la totalidad de los órganos que te han sido concedidos, cómo cada cosa se te manifiesta!»⁷⁷ «La conocerás en su plenitud sólo después de haber pasado eso que intuyes a través del filtro de tus vísceras».⁷⁸

⁷¹ ὁπόσηι πόρος ἐστὶ νοῆσαι, 3.

⁷² εὐήκεα βάζειν, 112,11 P.

⁷³ ἀμφὶ θεῶν μακάρων ἀγαθὸν λόγον, 131,4 P.

⁷⁴ μεγίστη πειθοῦς ... ἀμαξιτὸς εἰς φρένα πίπτει, 133,3 P.

⁷⁵ ἄκουε 6,1; δέρκευ 21,1; κλύθι 1; κλύε 62,3; νόει 3,13; ἄθρει 3,9; ἴσθι, 23,11.

⁷⁶ σὺν νόωι δέρκευ, μηδ' ὄμμασιν ἦσο τεθηπῶς, 17,20.

⁷⁷ ἀλλ' ἄγ' ἄθρει πάσῃ παλάμῃ, πῇ δῆλον ἕκαστον, 3,9.

⁷⁸ διασσηθέντος ἐνὶ σπλάγχνοις λόγοιο, 4.

«¡Sepas que todo posee inteligencia y es partícipe de la actividad reflexiva!»⁷⁹
«Sangre que circula alrededor del corazón, es en los hombres el pensamiento».⁸⁰

Ni se limita, el agrigentino, a mostrar plena confianza en los sentidos y en la razón. Llega aún más en alto, y somete la claridad del pensar a la dócil escucha de la palabra del dios,⁸¹ o a la inspiración de la Musa,⁸² que conceden alcanzar la anhelada cima de la sabiduría.⁸³ «Yo sé –afirma con firmeza no desprovista de jactancia- por qué la verdad acompaña las palabras que proclamamos».⁸⁴ sólo cuando tiende a ella con todas la fuerzas del alma, sólo entonces logra el hombre discernir con precisión, y por ende comprender perfectamente, cada una de las cosas que existen.⁸⁵ La inteligencia se acrecienta en la medida en que se adecua a lo que se le presenta tal como es.⁸⁶ Sería absurdo, en verdad, pretender aprehender más de cuanto el intelecto humano es capaz de penetrar.⁸⁷

De un universo percibido a un universo repensado: provocador, paradójal, fantástico, de ningún modo ajeno al pensar filosófico, cualquiera que sea lo que llegue a decirse de él, pero por cierto muy cercano al pensar mítico.

¿Un *logos-verbum* anicónico? –se pregunta y nos pregunta Wunenburger-. Y podemos quizás atrevernos a asentir. Lo cierto es que la primera impresión es la de un agolparse vertiginoso de elementos mythogenéticos; pero ellos, lejos de excluir, en contrapunto, otros tantos elementos especulativos, parecen más bien potenciar su presencia, incluyendo, cada uno en su propio modo peculiar y único, preguntas martillantes en espera de respuestas precisas y puntuales. El juego de las formas cela y devela, al mismo tiempo, la tensión y la perplejidad frente una realidad tanto más desconocida cuanto más al alcance de la mano, donde la *lectio facilis* remite siempre a la *difficilis*, o sea, a la que no se conforma con describirla sino se lanza a interpretarla penetrándola hasta lo más íntimo y secreto, y osa aventurarse en la búsqueda de sus tantos «por qué».

⁷⁹ πάντα γὰρ ἴσθι φρόνησιν ἔχειν καὶ νώματος αἴσαν, 110,10.

⁸⁰ αἷμα γὰρ ἀνθρώποις περικάρδιόν ἐστι νόημα, 105,3.

⁸¹ θεοῦ πάρα μῦθον ἀκούσας, 23,11.

⁸² καὶ σέ, πολυμνήστη λευκώλενε παρθένε Μοῦσα, ἄντομαι, 3,3-4.

⁸³ σοφίης ἐπ' ἄκροισι θαάζειν, 3,8.

⁸⁴ οἶδα μὲν οὖνεκ' ἀληθείη παρὰ μύθοις οὓς ἐγὼ ἐξερέω, 114,1-2 P.

⁸⁵ τῶν ὄντων πάντων λεύσσεσκεν ἕκαστον, 129,5 P.

⁸⁶ πρὸς παρεὸν γὰρ μῆτις ἀέξεται ἀνθρώποισιν, 106.

⁸⁷ οὐ πλέον ἢ βροτείη μῆτις ὄρωρεν, 2.

II,6 La percepción de lo humano (Imaginario antrópico)

ώκύμοροι καπνοῖο δίκην ἄρθέντες ἀπέπταν
(2,4)

Como hemos visto, las cuatro raíces ejercen su señorío, alternándose, durante el desplegarse del ciclo; se consumen o se acrecientan extendiéndose una en la otra, en la medida fijada por el destino.⁸⁸ De la mezcla de agua, tierra, éter y sol, se engendran los blancos huesos divinamente conectados entre sí con los lazos de Armonía,⁸⁹ y se originan las siluetas y los cuerpos de los mortales, ensamblados por obra del amor.⁹⁰ Seres destinados a una muerte inminente, los hombres gustan, durante su breve trayectoria, apenas de unas pocas migajas de vida; arrastrados en todas las direcciones, terminan por levantarse hacia lo alto como espirales de humo, y pronto se dispersan en el aire.⁹¹ Así, tanto antes de haber sido configurados como criaturas efímeras, como después de haber sido disueltos, son simplemente una nada.⁹² «¡O desdichada estirpe mortal, o infelicísima!...»⁹³ comenta tristemente el filósofo. Aplastados por terribles dificultades, jamás pueden apartar de su corazón las dolorosas aflicciones.⁹⁴ «Angostas se expanden por los miembros sus facultades; muchas miserias se vuelcan sobre ellos debilitando sus capacidades»,⁹⁵ y a esto ellos, como infantes o necios, lo llaman ‘vida’.⁹⁶ Todos confluyen en lo Uno cuando se encuentran en el vértice de la vida floreciente,⁹⁷ y se separan de él, desmembrados, cuando se reencuentran situados en los límites de ella.⁹⁸ «Eternos niños, νήπιοι, no pueden

⁸⁸ ἐν μέρει αἴσης, 26,2.

⁸⁹ ὅσ τε λευκά ... Ἀρμονίης κόλλησιν ἀρηρότα θεσπεσίηθεν, 96,3-4.

⁹⁰ εἶδη ... χροῖά τε θνητῶν τοσσ’, ὅσα νῦν γεγάσι συναρμοσθέντ’ Ἀφροδίτῃ, 71,3-4.

⁹¹ καπνοῖο δίκην ἄρθέντες ἀπέπταν, 2,4.

⁹² πρὶν δὲ πάγεν τε βροτοὶ καὶ ἐπεὶ λύθεν, οὐδὲν ἄρ’ εἰσιν, 15,4.

⁹³ ὦ πόποι, ὦ δειλὸν θνητῶν γένος, ὦ δυσάνολβον, 124 P; δειλοί, πάνδειλοι, 141 P.

⁹⁴ οὐποτε δειλαίων ἀχέων λωφήσετε θυμόν, 145,2 P.

⁹⁵ στενωποὶ μὲν γὰρ παλάμαι κατὰ γυῖα κέχυνται, πολλὰ δὲ δεῖλ’ ἔμπαια, τὰ ἄμβλύνουσι μέριμνας, 2,1-2.

⁹⁶ τὸ νέμοντο γενέσθαι, 9,3; τὸ δὲ βίοντον καλέουσι, 15,2.

⁹⁷ βίου θαλέθοντος ἐν ἀκμῇ, 20,3.

⁹⁸ περὶ ῥηγμῖνι βίοιο, 20,5.

concebir pensamientos de largo alcance,⁹⁹ y se equivocan en dar un nombre a las cosas que ven, porque las ven como les aparecen y no como de verdad son (9,5).

Empédocles se esfuerza en describir con la mayor precisión posible algunos fenómenos biológicos propios de lo humano, que lo maravillan, y encuentra símiles extraordinariamente bellos para explicarlos en el modo más adecuado y a la vez más poético. Imposible olvidar el de las linternas de tela,¹⁰⁰ que dejan pasar la luz, mas detienen la fuerza de los vientos que podrían apagar su llama. Preciosa metáfora de la redonda pupila del ojo, κύκλοπα κούρην, envuelta en sutiles lienzos perforados con arte admirable y divina, de manera de dejar penetrar el fuego encerrado en las membranas, que le da la potencia visiva, pero impide el paso del agua que circula todo alrededor (84). Menos aún se puede dejar de recordar el boceto gentil de la niña que juega con la clepsidra de bronce,¹⁰¹ sumergiéndola en un recipiente lleno de agua cristalina, mientras con su pequeño dedo tapa el orificio superior del tubo impidiendo así la entrada del líquido que dañaría de manera irreparable su funcionamiento. Ingeniosa metáfora de los diminutos tubos de carne, totalmente perforados, en sus partes extremas, por densos surcos que filtran el aire mas bloquean el paso, a través de los miembros, a la sangre que fluye con ritmo acelerado, permitiendo así los dos momentos de la respiración (100).

La reflexión atenta que sugiere al agrigentino estas comparaciones, obedece a la voluntad de penetrar el eterno misterio que el hombre ha sido siempre y siempre será para sí mismo, a la curiosidad de conocer todo lo que es propio de la naturaleza humana y que, por la dificultad que comporta, suele relegarse al último plano. Gracias a la belleza y exactitud de las imágenes, el misterio deviene más accesible, aun permaneciendo a menudo perturbador.

II, 7 La intuición de lo divino (Imaginario místico)

σφαῖρος κυκλοτερῆς μονίῃ περιηγεθεῖ γαίῳ
(27,4 y 28,2)

⁹⁹ οὐ γὰρ σφῖν δολιχόφρονές εἰσι μέριμναι, 11,2.

¹⁰⁰ λαμπτήρας ἀμοργούς, 84,3.

¹⁰¹ παῖς κλεψύδρηι παίζουσα διαπετέος χαλκοῖο, 100,8-9.

Φρὴν ἱερὴ καὶ ἀθέσφατος
(134,4 P)

Lo divino se muestra, en los textos de nuestro filósofo, de distintas maneras.

En el inmenso universo, es identificado como «el redondo Esfero, gozoso de su silueta solitaria de curvos contornos, igual a sí mismo en todas sus partes y del todo exento de límites»,¹⁰² pero es también el dios cuyos «ágiles miembros oscilan todos rítmicamente»¹⁰³ por causa del malévolo *Neikos* agitador de discordias.

Y Empédocles se esfuerza en subrayar la enorme distancia que corre entre esta singular figura divina y el arquetipo mítico de la divinidad antropomórfica: «en él no se arrojan fuera del dorso brazos a modo de ramas, ni pies fuera del tronco; no posee móviles rodillas ni genitales fecundos»;¹⁰⁴ es solo una esfera, la forma más perfecta, aislada en una insondable lejanía. Él sabe que es imposible para los seres mortales «aproximarse con los ojos a la divinidad o tocarla con las manos».¹⁰⁵

A veces ella se revela con las semblanzas de antiguas divinidades helénicas, como la Afrodita arcaica, llamada a veces con el nombre de Κύπρις Βασιλεία con el cual era invocada en la edad del oro, a quien los hombres ofrecían miel dorada, mirra purísima e incienso perfumado,¹⁰⁶ y honraban con ritos santos.

La misma se destaca como diosa Urania, que en sus funciones de demiurgo modela con cuidadosa atención la figura humana,¹⁰⁷ mezclando las cuatro raíces según proporciones precisas,¹⁰⁸ y generando, a partir de ellas, sangre y carne para insuflar la vida en múltiples formas corpóreas.¹⁰⁹

¹⁰² ἀλλ' ὁ γε πάντοθεν ἴσος ἐοῖ καὶ πάμπαν ἀπείρων Σφαῖρος κυκλοτερὴς μονίῃ περιγεθεῖ γαίῳ, 28,1-2.

¹⁰³ πάντα ... ἐξείης πελεμίζετο γυῖα θεοῖο, 31.

¹⁰⁴ οὐ γὰρ ἀπὸ νώτοιο δύο κλάδοι αἴσσονται, οὐ πόδες, οὐ θοὰ γούνα, οὐ μήδεα γεννήεντα, 29,1-2.

¹⁰⁵ οὐκ ἔστιν πελάσασθαι ἐν ὀφθαλμοῖσιν ἐφικτὸν ἡμετέροις ἢ χερὶ λαβεῖν, 133,1-2 P.

¹⁰⁶ 128,3-7P.

¹⁰⁷ 73 y 95.

¹⁰⁸ 98, 1-4.

¹⁰⁹ 98,5.

O como Ἀνάγκη, la insoportable Necesidad,¹¹⁰ que imponen el antiguo decreto de los dioses, sellado por inviolables juramentos,¹¹¹ y la ley que a todos se extiende a través de la luz infinita.¹¹² O como Εὐσέβεια, la piadosa, que conduce el carruaje sacro e inspira a los mortales discursos llenos de santidad.¹¹³ O como la virgen Musa ‘memoriosa’, πολυμνήστη, de cuyos dichos irrefutables mana Πειθῶ, insuflando en los corazones la irresistible Πίστις.

Mas se presenta además en forma humana. También entre los mortales, en efecto, en casos excepcionales, aparece algún hombre extraordinario que por sus excelsas facultades termina por ser considerado por todos como un ser consagrado. Los rasgos divinos pueden reconocerse por signos muy peculiares, y esto es manifestado en las *Purificaciones*, Καθαρμοί, donde el filósofo habla tan a menudo de sí. Estos son a veces exteriores, como en el fragmento 112:

«Yo, para vosotros, como un dios, no ya como un ser mortal,
ando en medio de todos, venerado,
ceñidas las sienes con vendas sagradas y guirnalda de flores».¹¹⁴

«En efecto, ya una vez yo nací muchacho, y otra vez, doncella,
y arbusto, y pájaro, y mudo pez del mar».¹¹⁵

Otras veces, en cambio, son internos, pero de todos modos reconocibles:

«Yo sé porqué la verdad acompaña las palabras que pronuncio».¹¹⁶

En ciertas ocasiones parece distanciarse de sí y habla en tercera persona:

«Había entre ellos un hombre conocedor de cosas extraordinarias,

¹¹⁰ 115 y 116P.

¹¹¹ θεῶν ψήφισμα παλαιόν, αἰδίων, πλατέεσσι κατασφηγισμένον ὅρκοις, 115,1-2 P.

¹¹² τὸ μὲν πάντων νόμιμον ... διὰ τ' ἀπλέτου αὐγῆς, 135,1-2 P.

¹¹³ ὁσίης πλέον εἰπεῖν, 3,7.

¹¹⁴ ἐγὼ δ' ὑμῖν θεὸς ἄμβροτος, οὐκέτι θνητὸς πωλεῦμαι μετὰ πᾶσι τετιμένος ... αἰνίαις τε περίστεπτος στέφεσιν τε θαλείοις, 112,4-6 P.

¹¹⁵ ἤδη γὰρ ποτ' ἐγὼ γενόμεν κοῦρός τε κόρη τε θάμνος τ' οἰωνός τε καὶ ἔξαλος ἔλλοπος ἰχθύς, 117,1-2 P.

¹¹⁶ 114,1-2 P.

que había adquirido la inmensa sabiduría del intelecto;¹¹⁷
cuando lo deseaba con toda la fuerza del alma,
fácilmente lograba ver cada una de las cosas que existen
a lo largo de generaciones de diez y también veinte hombres».¹¹⁸

Es casi una apoteosis de Metis, diosa de la sabiduría, que da alas a la actividad sacra del pensamiento puro, en cuanto todas las cosas poseen inteligencia y tienen parte en el pensar.¹¹⁹

Así, lo humano se disuelve y resuelve en lo divino, asimilándose e identificándose con él, y Empédocles puede volcar esta experiencia mística en las palabras del bellísimo fragmento 132 P:

«Bienaventurado aquél que ha logrado obtener la riqueza
que es propia del alma divina».¹²⁰

Una riqueza que es luz infinita, y derrota las sombras de la oscuridad siempre en acecho.

De todos modos, a mi parecer, la imagen más bella, la que encierra la esencia más profunda de lo divino contraponiendo, de manera particularmente eficaz, los rasgos antropomórficos a aquellos propios del orden intelectual, se encuentra en el fragmento 134 de las *Purificaciones*:

οὐδὲ γὰρ ἀνδρομέῃ κεφαλῇ κατὰ γυῖα κέκασται,
οὐ μὲν ἀπὸ νώτοιο δύο κλάδοι αἴσσουνται,
οὐ πόδες, οὐ θοὰ γοῦνα, οὐ μήδεα λαχνήεντα,
ἀλλὰ φρὴν ἱερὴ καὶ ἀθέσφατος ἔπλετο μοῦνον,
φροντίσι κόσμον ἅπαντα καταίσσουσα θοῇσιν.¹²¹

¹¹⁷ ὅς δὲ μήγιστον πραπίδων ἐκτήσατο πλοῦτον, 129,2 P.

¹¹⁸ ὅπποτε γὰρ πάσῃσιν ὀρέξαιτο πραπίδεσσιν, φεῖ ' ὅ γε τῶν ὄντων πάντων λεύσσεσκεν ἕκαστον κά τε δέκ' ἀνθρώπων καί τ' εἴκοσιν αἰώνεσσιν, 129,4-6 P.

¹¹⁹ 103 y 110,10.

¹²⁰ ὄλβιος, ὅς θείων πραπίδων ἐκτήσατο πλοῦτον, 132,1-2 P.

¹²¹ οὐδὲ γὰρ .. οὐ μὲν ... οὐ ... οὐ ... οὐ ... ἀλλὰ ...

«No se distingue (la divinidad) por una cabeza humana que sobresale de los
miembros,
ni dos (brazos como) ramas brotan de su dorso,
ni pies, ni veloces rodillas, ni genitales peludos;
es sólo mente sacra e inefable,
que con solícitos cuidados se extiende sobre todo el universo.»

Aquí, a las determinaciones concretas, físicas (κεφαλή, γυῖα, νώτοιο, κλάδοι, πόδες, γοῦνα, μήδεα) –y también a aquellas abstractas, geométricas (σφαῖρος, κυκλοτερής, πάντοθεν ἴσος ἑαυτῷ, πάμπαν ἀπείρων) de los fragmentos 27, 28 y 29- se oponen aquellas, todas espirituales, propias de otra dimensión (φρὴν ἱερὴ καὶ ἀθέσφατος,¹²² φροντίσι θεῶν).

De una identidad compacta, toda replegada sobre sí misma, anclada en sus propios confines, gozosa de su solitaria unicidad, se pasa a una expansiva, abierta, solícita, proyectiva y aglutinante, en la cual conjuntamente tienen parte el hombre y el dios.

De un *ser de un cierto modo* (ἔην) «fijo, inmóvil, radiante», a uno *que se despliega en una suerte de movimiento circunscrito* (ἔπλετο), irrumpiendo desde una insondable hondura y colmando de sí y de sus afectuosas inquietudes el mundo entero.

Encuentro encerrado en estos versos el misterio de lo divino en toda su palpitante sacralidad, y creo que en ellos Empédocles ha alcanzado, al mismo tiempo, la culminación de su filosofía y la de su poesía.

¹²² Para un estudio acabado y profundo de «la Mente sacra e inefable», cfr. C. Disandro, *Filosofía y poesía en el pensar griego*. Ed. Hostería Volante. La Plata 1974 –el entero capítulo tercero, pp.171-252, y especialmente las páginas 239-247-.